



Juan Guzmán Cruchaga

1895-1979

Por Ricardo Lindo

000162142 6399

*Y ¿quién eres, cantor de los cantores,
que al oírte cantar crecen las flores?*

MUCHOS amigos fueron a la noche. De algunos escribí cuando murieron, como alguna bandera se levanta al despedir un barco que se va. De otros no pude escribir entonces, y dejé esperar en la memoria el caudal de recuerdos que me habían dejado.

Don Juan murió hace años, cinco o seis, creo.

Lo conocí hace mucho y guardó siempre para mí la conducta de un afectuoso abuelo.

Lo volví a ver varias veces a lo largo de mi vida, en países diversos, adonde me condujo no sé qué extraña estrella que no me permitía echar raíces en lugar alguno.

Lo recuerdo en su Chile, leyendo con benevolencia mis versos de niño, o leyendo los suyos, que eran maravillosos y no han dejado de serlo.

Lo recuerdo en Santa Tecla. Yo ya era un adolescente. Me dijo que los críticos desaprobaban a veces un poema porque no era un elegante sillón, aunque uno sólo hubiera querido hacer una silla. Y una silla también era buena y útil.

Su mirada era muy clara y riante (sus ojos eran azules y casi grises) y llena de una amable perversidad cuando emitía un juicio severo, porque para él un error en literatura era tan imperdonable como un crimen de lesa majestad. Recordaba a veces poemas de autores famosos sólo porque habían incurrido en una falta grave, que explicada por él resultaba evidente.

Cuando volví a ver en Madrid a los Guzmán Cruchaga, Raquel, su mujer, y él mismo me contaron que había muerto su perro Pal, quien había encañecido junto a ellos en tantas tierras diversas, incluyendo El Salvador.

Poco después, en París, Raquel me

biendo de antemano que él se las arreglaría para prestarme un libro en el que había disimulado un billete, lo cual fingiría más tarde ignorar.

Entonces pasábamos largas tardes hablando de literatura. Me mostraba las cartas de los grandes poetas chilenos, de Gabriela Mistral, de Pablo, de Huidobro, y las de otros amigos de otras partes, como Henry Miller. Tengo presente una de Saint-John Perse, en la que el poeta francés lo recomendaba a la editorial Gallimard para que fueran publicados sus versos. Un poco tímido, don Juan no envió la carta a su destinatario, y prefirió conservar el manuscrito del autor de *Elogios*. Había conocido tantos seres famosos del arte y la literatura, que para mí pertenecían casi a la mitología.

Por entonces me dijo:

—Ricardo, un poeta no tiene ninguna obligación de escribir. Pero cuando publica algo, debe sentir intimamente que es bueno.

Esta exigencia, que era tan intensa en él, se manifestó en la escasez de su obra publicada.

Su viuda envió a mis padres su úl-

timos libro. Sed. Él no lo había hecho llegar porque temblaba su mano, creía que más adelante se corregiría, y quería enviarlo autografiado.

Ahora veo un libro que me presta el poeta Mario Noel Rodríguez. Es Neruda en Valparaíso, de la escritora Sara Vial. Ella cuenta cómo una noche, en la taberna de La Bota, donde el viejo Neruda congregaba al dulce mundo de sus locos amigos, hicieron a don Juan repetir en un papel su poema más famoso:

*Alma, no me digas nada
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada...*

En dos ocasiones vivió don Juan en El Salvador, y uno de sus hijos se llama Salvador en homenaje a la patria nuestra. Aquí publicó *Alfacsombra*, tardía adaptación poética al Alfama de su

Juan Guzmán Cruchaga [artículo] Ricardo Lindo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lindo, Ricardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Juan Guzmán Cruchaga [artículo] Ricardo Lindo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile